

Más sobre

Los caminos espirituales del hombre son complejos y múltiples. Los del artista, y específicamente los del novelista, lo son mucho más. Unas veces, esos caminos del hombre artista no son los "caminos de Dios" y el hombre y su criatura de ficción andan desnortados o fuera de la órbita de Dios, y entonces, el novelista, o se distrae "noveleramente" con pasatiempos banales o se revuelve contra Dios y se alía con la "simia Dei", la mona de Dios, y cae en el satanismo más despiadado.

Pero si el novelista trabaja seriamente y llena de su soplo creador a la ficción de su mente y dialoga con ella, al estilo de Unamuno en su "nivola", y vacía su pensamiento y su problema espiritual en su arquetipo o paradigma, tendremos, lógicamente, en un novelista conocedor de la solución o respuesta cristiana frente a la vida y el más allá, a un novelista preocupado de hacer novela religiosa.

Pero, bien, formulemos la pregunta: ¿Qué es una novela religiosa? Decididamente, no es literatura edificante, apta para menores, en general. La colección "desde lejanas tierras", galería de aventuras ingenuas e inverosímiles, devoradas por nuestras mentes infantiles, no son o no pertenecen a la novela religiosa. Y en particular, novela religiosa no es un camuflado epítome de apologética o de moral, autorizado por la autoridad eclesiástica. Uno y otro concepto, por muy católicos y muy ejemplares que sean, estén fuera de lugar cuando se trata de novelar y cuando al novelista cristiano le ha llegado su hora, aunque sea la escatológica "hora 25" y se pone a crear. Truc, el buen tratadista francés de la literatura católica francesa, dice en tono suasorio:

"Un escritor católico no se sienta ante su mesa diciendo: Voy a hacer una literatura católica. Olvida, incluso, que es escritor católico; basta con que lo sea en su esencia y en sus profundidades. Entonces se beneficia él de su elección y también nosotros nos beneficiamos de ella. Recibe de su fe latente y operante el

la novela religiosa

Alonso Escalada, O. F. M. C.

soplo que vivifica y transforma todas las cosas, esa rica doctrina que se ha inscrito en todos los movimientos del corazón y del espíritu que ha refundido la humanidad. No necesita recordarla a cada instante o tratar de exponerla de nuevo. La doctrina está ahí, presente. Alumbra y juzga. El artista, ante ella, no tiene por qué renunciar a su arte." (Truc: "Historia de la literatura católica contemporánea de lengua francesa", Edit. Gredos, pág. 332.)

La cita ha sido larga, pero rica de contenido y excelente como norma ejemplar. Esa "fe latente y operante" ha de soplar forzosamente su brisa y, en ocasiones, huracán, de inspiración cristiana sobre la obra del escritor católico. Aun el caso de una apostasía de la fe primera, de parte del novelista, como en el caso Gide, le será muy difícil, por no decir imposible, al novelista, escribir o hablar como un Zoroastro, es decir, como un pagano. Con mal disimulada frecuencia se le advertirá su "acento galileo" y el "carácter" de bautizado, aunque reniegue satánicamente de él. Nos acordamos con profunda pena de esos "hijos pródigos" ilustres y muy leídos como el mencionado Gide, Unamuno y otros más.

Lo cristiano es demasiado universal, como religión y como civilización y como explicación universal del hombre y de su "circunstancia", como para no tomarlo en serio en filosofía, en arte y en literatura. Es imposible, para un escritor occidental y hasta para un oriental, ignorar durante toda una vida el fenómeno cristiano puesto a la luz del mundo sobre el celemin de la preocupación del hombre. Y ante este fenómeno universal, ante esta valoración sobrenatural del hombre y de la vida, el escritor no puede escribir sobre la vida, sobre el arte, sobre la libertad, sobre el amor, con mentalidad de filósofo presocrático o con mentalidad del Zendavesta, como hablaría Zoroastro.

A propósito del "ateo lógico" Sartre, ha escrito agudamente Charles Moeller: "Un filósofo griego, antes de Cristo, no entendería el ateísmo de Sartre ni su filosofía. Para hablar como habla Sartre es preciso muchos siglos de cristianismo." Y ¿por qué?, añado yo. Muy sencillo, porque Sartre, en su "Etre et le neant" o en sus "Chemins de la liberté", ha dado un gran rodeo por no encontrarse con el signo cristiano y con la solución del cristianismo sobre el hombre y la vida, tan brutalmente humillados y "anonadados" por él. Y en su esfuerzo mental o ideológico hay demasiadas y veladas alusiones al espíritu cristiano. La burla religiosa de "Le Diable et le Bon Dieu" es un mejor y más claro ejemplo de lo que afirmamos.

Por recurrir al símil, muy socorrido en nuestras limitaciones escolares, al novelista católico se podría

poner en parangón —salvadas la trascendencia e importancia de la obra y de su revelación— con el hagiógrafo que escribe uno de los libros de la Biblia bajo la inspiración divina. El hagiógrafo escribía humanamente sobre lo divino. O sea, él mismo seleccionaba las palabras y los hechos y su estilo o género literario con su criterio. Y así hablaban el profeta o el sabio a su pueblo sobre las teofanías e intervenciones de Yahvé en la creación del mundo y en la historia de Israel. Escribía sin advertir él mismo que había entrado en la órbita de Dios y que su concepto ya no era suyo, sino de Dios, pero sí sus modos de expresión y su interpretación de lo humano.

No estará de más recordar, para salir al paso del escándalo, los frecuentes antropomorfismos bíblicos para expresar enfáticamente la ira de Dios cuando dice el salmo que "Dios echa humo por sus narices" o que "el brazo de Dios es poderoso y firme su mano levantada". Y aquel pasaje bíblico emocionante de la lucha desigual del ángel con Jacob, admirablemente resistido por el hombre.

Y precisamente la Biblia, con sus personajes grandiosos y sus pecados no menos grandiosos, con los tipos a lo David "cortado a la medida del corazón de Dios", no es un libro apto para menores y, me atrevo a afirmar, no es literatura edificante para todos. Y no deja de ser el Libro Santo, las Santas Escrituras, por excelencia.

Comulgo con Aranguren cuando afirma que "novela católica no significa novela clerical". El criterio y el juicio crítico que un sacerdote, como sacerdote, pueda tener sobre una novela y sobre el novelista no ha de ser frecuentemente un criterio y un juicio católicos, o sea, de comprensión universal. Quizá el sacerdote, por su "carácter" y función sacerdotal, mira al mundo de arriba a abajo, que es lo mismo que despectivamente (recuérdese la etimología "despicere": mirar de arriba a abajo) y su visión resulta una visión desde su mundo sacralizado. Y aquí disiento del sagaz Truc, quien sostiene que el sacerdote está más capacitado que el laico para escribir sobre novela o teatro específicamente religioso o teológico.

No hay que olvidar que el sacerdote, por consagración y por vocación, es el ser que vive o debe vivir una existencia distinta de los demás hombres, y que ahí radica el drama de toda su vida: el de sus pasiones de hombre y el de su "segregación" divina por la dignidad sacerdotal. Si se acerca a Dios con todo el ímpetu de su juventud y de su alma, por un lado, por otro se ve infinitamente distanciado de Dios por culpa y desgracia de su pequeñez, de su tremenda limitación humana. Y la gracia de Dios empieza a obrar

maravillas en él cuando se desprende de su carga afectiva al pecado y de sus egoísmos humanos. Pero este drama, que el sacerdote vive intensamente en su alma y en su cuerpo, aun cuando parecería que él era el indicado para contárnoslo, para confesarse, al modo agustiniano, con nosotros, se comprende que no lo haga por un rubor, un decoro clerical que echa un candado a su boca y un velo a su corazón. El "acostumbramiento" al "sigilo sacramental" de la confesión le hace ser al sacerdote reticente para revelar cosas tan íntimas y personales. Y aquí hay que convenir con don Juan Varela en que "entre confesores no abundan los Tirso de Molina".

Demos, pues, clara y abiertamente la respuesta afirmativa a este planteamiento de qué es novela religiosa. Pero, antes, una digresión conveniente: quizá esta floración actual de novelas religiosas empiece en el "estúpido siglo XIX" con todos los síntomas del mal de la época: el racionalismo. Ya el brote del racionalismo y de los derechos del hombre trajo, como consecuencia, la afirmación y la defensa de la religión, mucho más romántica que religiosa (y perdónesenos la paradoja), mucho más hija del sentimiento piadoso que del raciocinio y de la reflexión. Chateaubriand y su "Genio del Cristianismo" es la exposición más vistosa de cuanto afirmamos. Obra poco seria, pero de valiente apostura apologética. Y junto al árbol del romanticismo anidaron las primeras aves de los novelistas cristianos y católicos.

Pero es Dostoyevski "el novelista más grande de todos los tiempos", para Moeller, quien, en pleno siglo XIX, "ha entrevisto la profundidad del drama del ateísmo. La respuesta cristiana: alegría en el dolor, humildad, amor a Jesús, contienen las tres estrellas que dominan su universo". (Moller: "Mentalidad moderna y evangelización, Edit. Herder, pág. 36.)

Permitásenos traer otra cita de este célebre y agudo sacerdote, teólogo y crítico: "Los actuales novelistas cristianos parten del término de sus antecesores. Su cristianismo está fundado sobre el sentido trágico, el aparente silencio de Dios. De la meditación de este misterio hacen surgir el mensaje pascual. Dicho de otro modo, alcanzan a Dios a través de las virtudes teológicas de fe, esperanza y caridad" (Moeller, o. c., página 38.)

Ya se ha dicho todo al afirmar que la novela religiosa ha de entrar de lleno "en el fondo del problema" religioso y que "la inserción del mundo sobrenatural en el mundo natural" ha de ser constante y no tangencialmente, sino en profundidad. El novelista cristiano ha de sumergirse en el océano de la divinidad y del corazón del hombre enteramente, sin mie-

dos y sin concesiones a la superficialidad. Ha de vivir trágicamente la pasión y la existencia de cada uno de sus personajes y no darnos sensación de esteta frío, de observador alejado, de turista religioso. Un Bernanos, un Bloy, un Mauriac o un Green se zambullen arriesgadamente en las aguas nada sosegadas de las inquietudes de sus personajes y viven y hacen vivir al lector trágicamente la pasión de Dios y de los hombres.

Es el hombre, en toda su dimensión teológica y psicológica, en toda la complejidad de su ser, con todas sus pasiones y sus reacciones, con el vitalismo agustiniano de la "inquietud" de su corazón, buscando a Dios o huyendo de Él como la sombra maldita de Caín, quien debe estar en juego en una novela religiosa. Y esto, aun cuando apenas se nombre a Dios, aun cuando "el silencio de Dios" sea como el de la música astral de esos mundos inexplorados.

Si un Bernanos crece y se agiganta más cada día como novelista sobrenatural y como novelista de todos los tiempos es porque todos sus personajes sufren de apocalipsis, de esa ígnea catarsis espiritual que los purifica, sí, pero los desnuda ante su Creador y los obliga a aparecer como son: menesterosos de amor y de sabiduría sobrenatural. Y un Graham Greene es discutido, resistido y leído por la "guerra de Dios" que llevan sus personajes a la vida y al arte; porque ese su cura genial de "El poder y la gloria" y el Scobie de "El fin de la trama" viven desgarradamente su condición de hijos de Dios y viven trágicamente su existencia bajo la "compasión" terrible de su Dios.

Despidámonos de nuestros lectores con esta nueva cita de Truc: "El pensamiento de la literatura católica es el pensamiento cristiano. Ahora bien, un pensamiento cristiano es siempre nuevo, puesto que es siempre vivido. El cristiano que vive su vida en su obra es buen escritor si tiene talento, gran escritor si tiene genio, con igual título que el incrédulo, y tiene sobre éste la ventaja de estar seguro de su materia y de poder contemplar horizontes vedados a la simple visión terrestre." (Truc: o. c., pág. 331.)

Los caminos del hombre son complejos y múltiples, y los del novelista lo son mucho más. Y esos caminos se cruzan, zigzaguean y se pierden hasta dar con el corazón de Dios, autor de la vida y del amor, quizá en el último recodo de la vida. Y como Dios no tiene fronteras en su creación, tampoco las tiene el novelista cristiano en su originalidad creativa. Dicen que Maurois sueña el cielo como una novela interminable escrita por él y yo creo que la tarea del novelista cristiano no terminará con este mundo ni con otro mundo mejor.